
Revista Iberoamericana, Vol. LXXI, Núm. 211, Abril-Junio 2005, 381-385

FELISBERTO HERNÁNDEZ VISTO POR ÁNGEL RAMA

POR

MARIO RIVAS CORTÉS

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Hablar en este trabajo sobre el tema de “Felisberto Hernández visto por Ángel Rama” quizá expresa una doble perversión intelectual: al abordar la compleja figura de Hernández (Uruguay, 1902-1964) he intentado delinear, en gran medida, otra enorme figura uruguaya: la del maestro, crítico, editor y gran polemista latinoamericano Ángel Rama (Uruguay, 1926-1983). Reunir ambas figuras representa la más extraordinaria experiencia literaria: es como asistir a una celebración donde la creación y la crítica se dan la mano y en muchas ocasiones se confunden. ¿Dónde ubicamos la producción ensayística de Rama: del lado de la racionalidad crítica o en la zona de la creación? Para Rama el ejercicio de la crítica no representaba más que otro de los perfiles de la creación; allí donde brotan las ideas, donde se generan las relaciones novedosas entre las obras, los autores y sus condiciones sociales e históricas de producción, surge la crítica como una plataforma de *acción* y *reflexión* en su conjunto. Ejercer la crítica significó, para Rama, producir conocimiento, crear ideas, asediar la realidad con nuevos métodos de reflexión. De una manera similar, para Hernández, *crear* implicaba revelar ciertos dominios de la realidad poco valorados por los escritores de su tiempo; crear significó, para él, definitivamente, revelar las sutiles e inusuales relaciones entre los objetos, los pensamientos y los seres humanos en su compleja dialéctica temporal; su pasión por asediar la idea en su proceso de formación pudo conducirlo a la escritura de textos que revelan el mundo con una mirada siempre nueva, espontánea, original.

Tanto Rama como Hernández son dos maestros de la materia, de la originalidad creadora y del conocimiento innovador de lo real. Con justa razón Tomás Eloy Martínez pudo afirmar que tanto Rama como los demás miembros de la llamada *generación crítica*

enseñó a ver el mundo (y sobre todo el continente propio) de una manera inédita. En vez del mero análisis del discurso literario, empezó a examinar la ideología de la cual brotaba ese discurso, las estructuras políticas y sociales del país que lo generaba, los *corsi e ricorsi* de los prejuicios, de los medios de comunicación y de los receptores del texto. La literatura no fue considerada como un fenómeno aislado dentro de la panoplia de las artes. (XXVI)

Y como la obra literaria no se encuentra, desde esta perspectiva, totalmente desvinculada de su creador, ni de las condiciones materiales de su propia producción, Rama pudo analizar de una manera profunda y original la escritura de Felisberto Hernández, uno de los “raros” escritores del Uruguay, según su percepción inicial.

Sin caer en el biografismo decimonónico o en la mera interpretación psicológica, Rama supo reunir en total armonía la vida y la obra de Hernández desde una visión crítica, siempre valorativa y enjuiciadora, valiéndose en gran medida de su formación multidisciplinaria. En algunos ensayos dedicados al escritor pianista, tales como “Burlón poeta de la materia” (1964), “La magia de la materia” (1967), y “Su manera original de enfrentar al mundo” (1982), entre otros, Rama trazó la geografía de una literatura profundamente arraigada en la clase media uruguaya que supo penetrar con gran atino en los recovecos de la realidad y la conciencia. La literatura felisbertiana representó, para él, en gran medida, el ejemplo más alto de humor y fascinación por la antiolemonidad artística, rasgos claramente definitorios de la vanguardia hispanoamericana.

Ángel Rama, por otro lado, pudo rescatar de la indiferencia la escritura de Hernández a través de la emisión de opiniones objetivas y reveladoras. Su peculiar mezcla de intuición y razonamiento lo llevó a considerar la obra felisbertiana, inscrita originalmente dentro de una cultura claramente de élite, en un contexto más amplio. A contracorriente de las opiniones negativas y altamente personalistas de Emir Rodríguez Monegal, que intentaban descalificar una literatura ya de por sí marginal (la de Felisberto), Rama acude con una inteligencia de claro corte humanista para decir que la narrativa felisbertiana vale la pena no solamente por su ingenio verbal, por las frases sorprendentes, por la extravagancia de sus personajes o por las situaciones insólitas que describe en varios momentos narrativos, sino sobre todo por la original manera de describir la profundidad viva de la clase media uruguaya de la primera mitad del siglo xx tan extravagante como imaginativa. Dice Ángel Rama:

Cuando oigo hablar del Uruguay gris, con uniforme tónica funcionarial, pienso siempre que quienes tal dicen se han quedado en la estadística y no han tocado la realidad viviente de un país y una sociedad mucho más estafalarios de lo que se quiere reconocer. Felisberto Hernández da fe, con toda su vida, y con los personajes que pueblan sus cuentos —la mayoría auténticamente reales— de esa concepción extravagante de la existencia que alienta en el corazoncito de los uruguayos. (“Burlón...” 2)

Además de emitir juicios favorables sobre la obra de Hernández, Rama, siguiendo el perfil del intelectual orgánico, que tenía como tarea no sólo “hablar” sino también “actuar” en beneficio de la promoción cultural hispanoamericana, decide publicar las obras completas del escritor pianista hacia 1967 en la editorial Arca que él dirigía. Con esta acción, la trascendencia de Felisberto y su obra inicia de verdad su impacto en la crítica mundial. Carlos Fuentes, por ejemplo, hacia 1969 opina en su libro *La nueva novela hispanoamericana* que Felisberto Hernández es uno de los cuatro fundadores de la modernidad literaria en Hispanoamérica, al lado de figuras como Macedonio Fernández, Horacio Quiroga y Roberto Arlt (24). Más tarde, hacia 1973-1974 se organiza en la Universidad de Poitiers, en Francia, el primer seminario en torno a la narrativa felisbertiana,

evento singular que tiene el propósito de “darle a la producción de Hernández el primerísimo lugar que le cabe en la narrativa latinoamericana de este siglo [xx]”.¹

La agudeza de Rama pudo participar desde un principio de esta verdadera *tradición crítica* sobre Felisberto Hernández a partir de este momento, no sólo Vaz Ferreira o el pequeño círculo de amigos de Hernández comentaba ya los cuentos de *Nadie encendía las lámparas* (1947) o los textos dedicados a la memoria, como *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942), *El caballo perdido* (1943) o *Tierras de la memoria* (1944); un público cada vez más amplio y heterogéneo comenzaba a recibir esta obra subterránea que apuntaba hacia la expresión de una literatura ingeniosa y de profundidad filosófica. Con la intervención de Ángel Rama el mundo, y sobre todo el propio continente hispanoamericano, comenzaba a reservar un lugar privilegiado al escritor de las quintas, tan obsesivamente profundo y tan deliberadamente original. Así, con ayuda de la difusión editorial y de las observaciones críticas de Rama, Felisberto Hernández va adquiriendo su verdadero sentido dentro de la literatura hispanoamericana a partir de la década de los sesenta, tradición que hoy en día continúa afianzándose.

Sin apartarse de los datos sobre la vida del escritor, ni de las condiciones sociales en que surgieron sus textos, como proponía su propio método crítico, Rama ve en este escritor-pianista un manantial de originalidad:

A los veintiocho años –escribe Rama– Felisberto Hernández reconoce explícitamente que posee un modo propio de entender la realidad, merced al cual se distingue de la mayoría de los seres humanos. Tal modo, que reconoce en sí desde la infancia, no lo abandonará hasta el final de sus días, aunque padeciendo los matices modificantes propios de las circunstancias culturales de esos treinta y cinco años posteriores en los cuales escribirá sus obras mayores. (“Su manera...” 243)

Lo que nos queda de la imagen de Felisberto Hernández, a través de la profunda mirada de Ángel Rama, es la figura de un escritor peculiarmente orgánico, de un talento natural, mezcla de “inocencia y perversión”, que ofrecía desde muy temprano una mirada nueva y particular sobre el mundo, principalmente sobre una especial forma de percibir las delicadas conexiones entre los objetos del mundo y los “otros”, los seres humanos que lo pueblan. Lejos de ser un escritor inmaduro e inconsistente, añorado y extraordinariamente inseguro, como había señalado Rodríguez Monegal a través de varios medios públicos, Felisberto Hernández, tal y como lo ha descrito Ángel Rama, se presenta ahora como un escritor que ha utilizado los recursos de la infancia y la conciencia para describir un mundo diverso y altamente subjetivo. Es un escritor plenamente consciente de sus recursos artísticos y de su original manera de mirar el mundo. Nada espontáneo, nada improvisado, nada inmaduro; Hernández fue un escritor profesional, moroso y obsesivo. Escrupuloso de la palabra muerta, devoto de la imaginación más natural. Desde *Fulano de tal* (1925) hasta *La casa inundada* (1960), Felisberto nunca abandonó su mirada ingenua, su peculiar modo de abordar los temas de la escritura desde una sinceridad plena. Y Rama habría de participar de esta imagen del *escritor total*; por ello, inteligentemente pudo destacar ante

¹ Véase la contraportada de Sicard.

todo dos específicas virtudes de Hernández, tanto de su vida como de su obra: el humor y la antiolemonidad. Escribe Rama:

Ajustaron la tapa sobre el ataúd. Alguien abrió una ventana que daba al jardín. Varias personas calzaron el ataúd y con un impulso conjunto lo proyectaron hacia fuera donde otras que lo esperaban lo bajaron, y así Felisberto Hernández salió por la ventana rumbo al cementerio del Norte. Salió en su ley, haciendo trizas la solemnidad y el recogimiento del acto funeral, con un repentino desvío de humor. Y cuando en el cementerio lo fueron a meter en la fosa y no entraba, ¡qué página suya la descripción del centenar de personas que bajo el sol de las tres de la tarde contemplaba los denodados esfuerzos del sepulturero por ampliar la zanja, echando la única agua bendita que él hubiera aceptado, la de su sudor, sobre la madera pulida del cajón. (“Burlón...” 1)

Cabe señalar que esta actitud un tanto despistada que el propio Hernández promovió a lo largo de su carrera literaria no es sino una estrategia más para poder expresar un conocimiento multidisciplinario, principalmente concentrado en tres áreas: la literatura, la música y la filosofía, aunque debo decir que también abrazó un peculiar gusto por la psiquiatría, fuente de gran inspiración literaria.² Ángel Rama, con toda razón, ha escrito en su estudio “Medio siglo de narrativa latinoamericana (1922-1972)” que los textos de Hernández “eran cuentos, apuntes, reflexiones, análisis de movimientos, acecho de operaciones mentales, invalidación incesante de los modos de apropiarse de la realidad” (122).

Con gran sensibilidad e inteligencia, el crítico uruguayo pudo señalar los rasgos inherentes a la obra de Hernández, rasgos mismos que no fueron destacados, por lo menos durante las décadas de los sesenta y setenta, por ningún otro crítico. La visión adelantada de Rama, fruto quizá de su experiencia vital, de su dinamismo intelectual, alentada por sus numerosos viajes por el mundo y por sus abundantes lecturas, es una más de las virtudes que le permitieron “olfatear” a los grandes creadores, aun cuando éstos no hubieran recibido su justo reconocimiento. Su estilo crítico no implicó nunca acumulación de datos sino interpretación de ideas, por eso con gran acierto Françoise Pérus ha dicho que la concepción que Rama tuvo de la literatura es correlativa a su concepción de la cultura, es decir, memoria viva (194). Felisberto Hernández, visto por Ángel Rama, ya no es el escritor de medio pelo que quizá alguna vez se tuvo en mente. Es un gran creador forjado por el oficio, un hombre de gran originalidad y profundidad humana, un gran conversador, amigo de las bromas y de las abundantes comidas, un adulto brillante que supo mirar el mundo con ojos de niño, poeta de la materia.

Juntar a estas dos figuras en estas notas quizá resulte una empresa quijotesca, como diría Ana Rosa Domenella de las empresas culturales llevadas a cabo por Ángel Rama (198). Estas enormes figuras uruguayas desde luego que merecen mucho más tiempo para ser aprehendidas, imaginadas. Para concluir, solamente transcribo un comentario de Rama sobre Felisberto donde queda expresada su admiración plena hacia el narrador de las quintas, fruto no sólo de su amistad sino de su intervención como lector atento y escrupuloso de Hernández. Dice Rama: “quienes, en fin, conocieron algo de su vida, de

¹ Sobre el gusto de Hernández por la psiquiatría, véase Giraldi.

la cual sólo un pequeño retazo quedó incrustada en esa obra literaria, hondamente inserta en experiencias auténticas del vivir, saben que era un hombre indudablemente original, de esos con molde único que el creador rompe después de utilizarlo" ("Burlón..." 2). Con esta idea cabe imaginar de igual manera la figura de Rama: un intelectual que ha roto el molde en el que se formó después de su ausencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Domenella, Ana Rosa. "Homenaje múltiple". *Cuadernos Americanos* I/43, Nueva Época, UNAM (México, año VIII, enero-febrero 1994): 198.
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1976.
- Giraldi de dei Cas, Norah. *Felisberto Hernández: del creador al hombre*. Montevideo: Ediciones de La Banda Oriental, 1975.
- Hernández, Felisberto. *Obras completas*. 3 v. México: Siglo XXI, 1983.
- Martínez, Tomás Eloy. "Ángel Rama o el placer de la crítica". Ángel Rama. *La crítica de la cultura en América Latina*, selección y prólogos de Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez. Caracas: Ayacucho, 1985. XXV-XLI.
- Pérus, Françoise. "A diez años de la muerte de Ángel Rama". *Cuadernos Americanos* I/43, Nueva Época, UNAM (México, año VIII, enero-febrero 1994): 188-95.
- Rama, Ángel. "Burlón poeta de la materia". *Marcha* 1190 (Montevideo, 17 de enero de 1964). [También en: <http://letras-uruguay.espaciolatino.com/rama/felisberto.htm>]
- _____. "La magia de la materia". *Revista de la Universidad de México* XXI/6 (febrero 1967): 13-15.
- _____. "Su manera original de enfrentar al mundo". *Escritura* VII/13-14 (Caracas, enero-diciembre 1982): 243-58.
- _____. "Medio siglo de literatura latinoamericana (1922-1972)". *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. México: Fundación Ángel Rama-Universidad Veracruzana, 1986.
- Sicard, Alain (comp.). *Felisberto Hernández ante la crítica actual*. Caracas: Monte Ávila, 1977.